**Chile ¿El nuevo juego del Calamar?**

Lo visto ayer a través de los medios de comunicación fueron lo que ellos mismos sembraron a lo largo de una semana. La violencia que pudimos observar fue lo cocinado en una olla a presión destinada a explotar, y lo hizo de la peor manera. Ver quemar el coche de un pequeño, otros quemando la poca ropa que tenían y las carpas en las que estaban las familias Venezolanas, es un atentado contra la propia humanidad. Lo terrible es que no sólo pasa en Chile, sino que en muchas partes del mundo.

Algo que me ha parecido impresionante y que quizás pudiese tener relación es la violencia a la que estamos y “nos” tienen acostumbrados. Somos televidentes de consumo natural de “altas violencias ejercidas”. En estos días dentro de los programas más populares se encuentra el Juego del Calamar, si no te alcanza para Netflix no te preocupes que gratuitamente entregan las sinopsis más violentas por Facebook. Sólo basta ver unos minutos para ver lo perverso de la situación, pero nuestra habituación a estos contenidos hace que perdamos la conciencia entre lo que entendemos como real y lo que entendemos como ficción.

La explosión de ayer, no nos es desconocida, pasa con cualquier grupo minoritario, del cual quien tenga un poco más de poder, al que le induzcan la idea de que perderá lo poco que tiene, termina realizando, como un ejercicio de “sobrevivencia” del cual mensajes y zumbidos se lo dicen a diario. Y entonces ¿quiénes son los reales culpables de la situación que estamos viviendo?

En cierta medida todos, en distinta escala. Hoy es la jornada mundial del Migrante y del refugiado, y parece que nos pega como un sartén en la cabeza o al menos así nos deberíamos sentir todo el mundo cristiano. Este mes, se celebra el mes de la Biblia, pero parece ser que sólo nos interesan algunas cosas de ella, quizás las que menos nos implican, pues cómo podríamos responder a Dios ya no sólo con las interpelaciones en Mt 25, “Porque tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; era migrante y me acogiste” sino con la palabra de hoy; ¿Qué haremos los que vayamos o escuchemos misa, cuando las palabras de Moisés nos repitan: ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor”? Realmente nos sentiremos como dice la segunda lectura, “Nos hemos cebado para el día de la matanza”.

Las palabras pronunciadas por Santiago son profundamente duras, y esa dureza debiese tocar hoy nuestro corazón, pues son dichas desde un contexto más amplio que debemos recordar; Santiago nos habla de la distinción de personas, como escogemos entre los ricos y los pobres para nuestras propias conveniencias. Nuestros criterios son errados, y nos manipulan como marionetas de un Estado y un poder inoperante o peor, que opera exactamente según lo que quiere lograr. En la carta él nos sigue diciendo; ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¡En cambio ustedes han menospreciado al pobre! ¿No son acaso los ricos los que les oprimen y los arrastran a los tribunales?

Nos hemos olvidado de mirar y compadecernos, como antes nos han mirado y nos han amado a nosotros. Decimos como cristianos tener fe; pero la fe se vive según las obras. Somos hijos de nuestra historia, y nos olvidamos de ella con una facilidad impresionante. El libro del Deuteronomio, el libro de la memoria entrañable nos dice; Dios hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al forastero (migrante), a quien da pan y vestido… (Amen al migrante porque ustedes lo fueron al salir de Egipto)

¿Qué familia de las que venimos no ha vivido la misma situación de vulnerabilidad en la qué estás familias están? Y aún si no lo hubiéramos estado, otros han tenido compasión de nosotros, en algún momento de nuestra vida. Estamos tirando por la borda el amor que nos han tenido, por tanto, es espejo de lo poco o nada que nos sentimos amados. Sólo yo y el mundo, el resto una amenaza. Un juego del Calamar.

Y tú ¿qué vas a hacer? ¿Qué profetizarás? ¿O serás… él que debe vencer para ganar?

María José Encina Muñoz